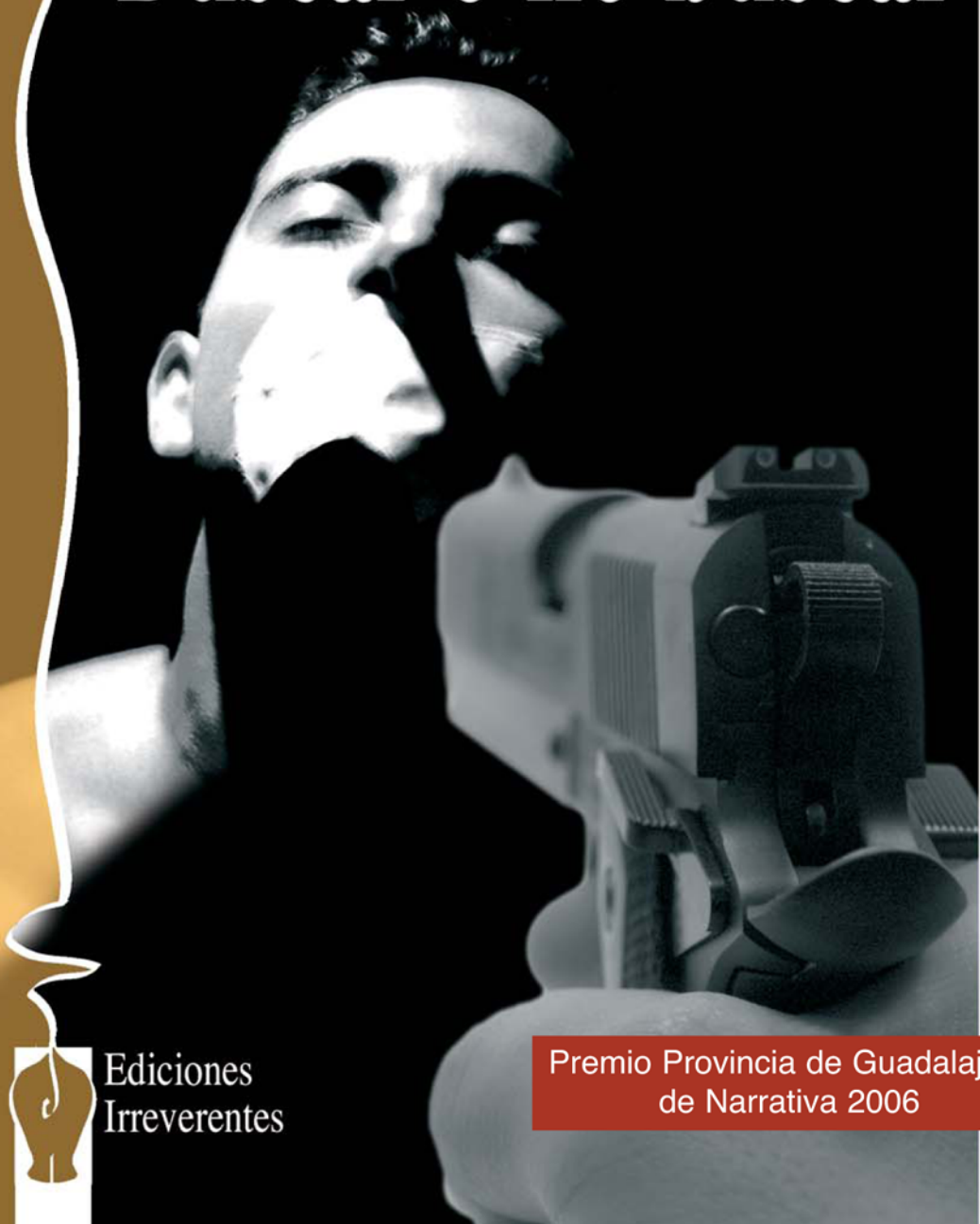


Miguel Arnas Coronado

Buscar o no buscar



Ediciones
Irreverentes

Premio Provincia de Guadalajara
de Narrativa 2006

Miguel Arnas Coronado

BUSCAR O NO BUSCAR

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Esta obra ha sido publicada con la colaboración de la Diputación de Guadalajara

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Miguel Arnas Coronado
De la edición: © Ediciones Irreverentes
Septiembre 2007
Ediciones Irreverentes S.L.
editor@edicionesirreverentes.com
<http://www.edicionesirreverentes.com>
ISBN: 978-84-96115-95-8
Depósito legal:
Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.
Imprime: Parámetros Gráficos
Impreso en España.

Índice

	<i>pág.</i>
An inconvenient visit (Una visita inoportuna)	11
Faites vos jeux (Hagan juego)	17
Mantis religiosa (Mantis religiosa)	25
Ménage a trois (Trío)	33
La madeleine (La magdalena)	39
Venata venatrix (Cazadora cazada)	43
Eine langsame Fuge (Una fuga calmada)	51
La rentrée (La vuelta)	57
Advena in domo sua (Extraño en su propia casa)	63
La rentrée de l'autre (La vuelta del otro)	71
Honni soit qui mal y pense (Malhaya quien piense mal)	77
No news, good news (Sin noticias, buena señal)	85
Oppugnandum locum munitum (Asediando el lugar inexpugnable)	91
Solus tibi (Sólo para ti)	97
Another inconvenient visit (Otra visita inoportuna)	103
Verminata bucca (Boca agusanada)	107
Fœdum os (Boca ignominiosa)	111
You surprise me! (¡Me sorprendes!)	115
Vanitas vanitatum (Vanidad de vanidades)	119
The last convenient visit (La última visita oportuna)	125
The end (Fin)	131
The epilogue (Epílogo)	137

Mi agradecimiento a Gregorio Ortega Albarral
por su inestimable asesoramiento como experto
en motores de explosión.

*Nada se ha de mostrar menos
que lo que se desea más*

Francisco de Quevedo,
Vida de Marco Bruto

*En fin, aquí también se consigue
lo que no se busca. Siempre.*

Cesare Pavese,
El oficio de vivir

An inconvenient visit

No tengo armas. Registrad la casa si queréis, no encontraréis ni siquiera una escopeta de caza, no me gusta tropezarme perdigones cuando me como un conejo.

Esto lo ha dicho con los ojos puestos en la mujer, con esa mirada salaz que tantas conocían y que una edad indefinida le ha permitido conservar. Ella no se azora ni se remueve, tampoco un indicio de sonrisa irónica.

Me van a matar, piensa, estos dos me van a matar.

Sabe desde hace años que tarde o temprano lo encontrarán, y sabe que si no es por un motivo será por otro. Motivos no faltan. ¿Es por eso que está tranquilo? Más que tranquilo, indolente, como si el asunto no fuese con él. Su actitud parece darle una cierta superioridad que está lejos de poseer.

El hombre, de su edad y al que conoce de mucho tiempo atrás, se acerca una silla de anea a la mesa. Aferra en su mano derecha un pistolón. Ya sentado, abandona esa mano sobre el muslo, aunque la crispación en ella se nota tanto como sus manchas de vejez en el dorso. El dueño de la casa intuye que san Lorenzo en la parrilla debió tener más aplomo que su visitante, a pesar de lo cual, el arma apenas tiembla en su mano.

Ella, mientras, está sentada en el poyo de la cocina, sin reparar en su más que posible humedad o en charco alguno de aceite o caldo. No tiene ningún arma a la vista, aunque él sabe que debe ocultarla en algún lugar entre sus ropas. Es treintona y con cierto atractivo mientras no se la mire a la cara, demasiado inexpresiva para provocar contemplaciones. A una señal del hombre, se escabulle hacia el salón y las alcobas. La oye remover, desordenar, se la escucha en los corrales porque las gallinas cacarean espantadas.

El forzado anfitrión cuenta con la ventaja de quedar inmóvil en su sillón de orejas, allí donde lo sorprendieron leyendo al irrumpir en la cocina, mucho más cómodo que la silla del visitante y sin el ajeteo de la que registra. Piensa y no piensa en lo que puede sucederle. Hay algo de dejadez, de fatalismo, pero también mucho de contento, de al fin llegó, de depender sólo de sí mismo. Durante años no se ha visto en la necesidad de plantearse preguntas sobre ideas ni coherencias, sólo ha tenido que esperar poniendo cuantas trabas pudo a este encuentro pero también en la conciencia de que, en un momento u otro, darían con él. Y contra eso no valieron ofensivas, sino una atención cerrada, un central o un defensa ante cada delantero. Lo que, por descontado, no impide el gol. Ahora llegará el gran sueño y no lo coge desprevenido sino indiferente. Lo que haya de ser, será.

La muerte es un accidente en el tiempo, ha pensado muchas veces ahí, en su soledad montañosa, un accidente definitivo. Cuando el tiempo ha sido rico, al tránsito le ayuda el recuerdo, los buenos recuerdos. Le redimen, le amparan, le acogen como un obsequioso introductor de embajadores. ¿Qué recuerdos tendrán estos? Él sabe de sobra cómo se vive siendo uno de ellos, y sabe que los recuerdos de esa vida nunca son buenos. Se come por obligación, se va de aquí para allá por obligación, se folla y se mata por obligación, y cuando quizá se quiere a alguien, que por supuesto debe estar tan relacionado con la causa como uno mismo, se le quiere dentro de la condenada ortodoxia ideológica y se educa a los hijos por obligación y con obligaciones, tras salir de una indefectible cárcel que le ha mantenido a uno separado de la lucha armada y del cariño de los suyos.

¿Qué hacer?, se pregunta leninianamente. ¿Esperar humildemente ese final ante el que va sintiendo la indiferencia como otros sienten la riada, o luchar por conservar la vida? Si hace esto último será por puro juego, por ver qué pasa, por saber hasta dónde es capaz de llegar aún, con toda su vida atrás.

¿Esperar ese gran sueño como el canceroso espera la morfina, esperar sólo para averiguar cómo es la vida de un muerto, esperar por saber qué siente la alimaña acorralada que aún se debate, sin esperanza pero por instinto? Si por algo le gustaría luchar es por ver diluirse la sonrisa nerviosa y suficiente del hombre, por sacudir la frialdad de la mujer, la suficiencia estúpida de quien tiene razón, y además, fuerza. No cree en Dios, pero cree en el sueño, en el insondable sueño de los muertos a quienes ha entrevisto en los bosques. ¡Ah, si no fuera por el temor de esos sueños!, y no obstante, él ha actuado siempre a su albedrío, no ya sin espanto de ellos, sino con la lucidez de que le van a torturar igual, con el fatalismo de saber que los sueños, aunque se diga lo contrario, nada tienen que ver con la realidad.

La mujer vuelve y comienza el registro de la cocina, allí donde el ahora amenazado instaló hace tiempo el comedor y sala de estar. Es sistemática como un microscopio de barrido electrónico, como un buscador en la computadora, que ni deja de encontrar lo que de seguro está, ni encuentra lo que no busca. Sin abrir la boca le hace levantarse y oprime el relleno del sillón de orejas, lo tumba para comprobar que no haya nada prendido al bajo, revuelve por entre los cacharros, incluso dentro de la nevera y el congelador. Sopesa la calabaza por si es de plástico y esconde en su interior cualquier misterio. Descoloca todos los libros y los abre uno a uno, hurga en los tarros como cualquier cretino mafioso o policiaco hurga “*a la recherche*” de droga o pasados remotos. Del bolsillo de su vaquero extrae trabajosamente el teléfono móvil del anfitrión, que él intuye tan cálido como su ingle, lo pone en la mesa ante el hombre, abre la alacena de donde saca el mazo de machacar carne y de un solo golpe lo descompone.

Compraré otro, y con las mismas se da cuenta de lo absurdo. Ese móvil le servía para ponerse en contacto con su hijo, para telefonar al médico cuando estaba enfermo y avisar al Instituto de su previsible ausencia, le servía para que el mecá-

nico viniera a repararle el jeep, para hablar con el general Reguero una vez al año. Ya será nada, ni el móvil ni nada.

Ese golpe seco, exacto, le ha dado rabia. Más la altiva seguridad que el destrozo, aunque también el destrozo le encorajina. No exterioriza su enojo pero siente una impávida oleada de rabia. El móvil era su puente, igual que su automóvil. Era su señal de humo o su tam-tam, su tabla de salvación con la que poner en marcha, en caso de necesidad, a un médico que de seguro llegará tarde. Porque ahí estaba su vieja lesión cardiaca, y piensa estaba porque los cadáveres, y él lo será pronto, no suelen tener lesiones cardiacas; ese soplo, como alguien lo calificó, sin efectos ni apuros hasta que un día definitivo se los produzca todos. Sabiendo que si llega el colapso, ningún matasanos montado en una furgoneta de urgencias dando tumbos por caminos desconocidos, ni aun un helicóptero que no sabría dónde aterrizar entre tanto pino, acertaría a salvarle del conclusivo ahogo. Pero su teléfono móvil, negro, tecludo y sonoro como un amuleto, era su ventana a través de la cual gritar socorro o decir hola. Amuleto que en algunas noches de moderado insomnio le arrastra a sonreír sarcástico cuando lo apaga o lo pone a recargar. Idolillo que de nada le salvará, ni aun ahora que ya no podrá llamar con él a Reguero o a cualquier vecino que le salve de sus inminentes matadores. Se comprará otro, porque la lesión seguirá ahí si es que algo sigue con vida en su cuerpo. Que no seguirá porque si después de tantos años buscándolo no lo matan, es porque son unos estúpidos sin derecho a hacer lo que hacen. Sobre todo ella, a quien no conocía y que parece repugnantemente profesional.

Esa lesión le ha hecho familiarizarse con la muerte, algo esperado y sin importancia. Esa lesión llevó las manos a la cabeza de Reguero cuando él le dijo que su decisión era retirarse para vivir solo en una alquería perdida en la montaña y comprada por un figurante, y le pidió le consiguiera un interinaje en el Instituto cercano aprovechando su antiquísimo título de Bellas Artes. Un chollo, un enchufe, le dijo en una de sus entre-

vistas mensuales. Una manera de pasar desapercibido con un trabajo vulgar y una vida vulgar. Y un nombre vulgar que ya no sería el suyo, si bien eso era irrelevante porque lo de veras suyo, la lesión, no deseaba en absoluto tenerla. Suya y regalada, pues su origen podía ser tanto congénito como originado por una infección adquirida en la cárcel, allá cuando estuvo encerrado a sus veinticinco años. Lesión que nunca le tuvo mirándose obsesivamente en esos espejos que son los médicos, y sin embargo presente aunque tratada con displicencia, con amable familiaridad.

Con la lesión ha jugado una larga partida de damas sin apenas movimientos, en la que los dos se han cargado de reinas llegando, con una astucia u otra, ambos hasta el lado contrario. La partida acabará ganándola la lesión, porque en este juego no habrá tablas, a no ser que los niños traviesos derriben el juego a manotazos.

Nada saben estos dos de juegos, lesiones ni familiaridades, de modo que debe extrañarles esta indolencia suya, la despreocupación con la cual los ha recibido, aun sabiendo a qué van a su casa. Nada saben, y cuando han entrado en la cocina, después de haber dejado el coche a mucha distancia y escondido, después de haber subido el repecho a las diez de la mañana tras asegurarse de que salía hacia su trabajo, y habiéndose informado de su horario lectivo mediante el truco de contarle al conserje que son representantes de una editorial, después de haberse colado en la casa por los corrales y esperarle el resto de la mañana y parte de la tarde porque hoy el señor ha tenido el capricho de comer fuera, cosa que no suele hacer, después de deslizarse casi a tientas para sorprenderlo en su quehacer y que era, en aquel momento, leer tranquilamente en su sillón de orejas, después de todo eso, la sorpresa ha sido que el personajillo ni se ha movido ni se ha asustado, ha levantado la cabeza y ha dicho buenas tardes, y al ver sus armas les ha comunicado, como quien asegura que las gallinas no han puesto aún huevos, que él carece de ellas.

La mujer ha ido acumulando sobre el alejado poyo todos los cuchillos y navajas que ha encontrado, que son, como él ha podido comprobar sin permitirse siquiera un comentario sardónico de admiración, todos cuantos en la casa había. Los mete en una bolsa de plástico y sale con ellos en dirección a la era y el camino con intención, por descontado, de buscar un pozo inexistente y tirarlos en él o esconderlos debajo de alguna piedra.

De pronto, decide empezar el juego. No es una decisión instintiva de supervivencia sino la quintaesencia del juego, el juego supremo.

Faites vos jeux

Se levanta sorpresivamente mas con la misma parsimonia que ha ido derrochando hasta ahora. Al otro casi se le cae la pistola de la mano y del regazo.

¡Siéntate!, le dice apuntándole, ya derecho y con la silla derribada. Parece un principiante. ¡Siéntate, coño! Sostiene la pistola con las dos manos y tiene las piernas flexionadas. El dueño de la casa, manteniendo una distancia prudencial respecto al otro, pero como si no fuera consciente de su maniobra, se acerca al fogón de butano diciendo: no me sale de los huevos sentarme, voy a prepararme un té, y si queréis, también haré para vosotros; si me vais a matar ahora mismo, hacedlo y no me hará falta té, pero si no lo vais a hacer aún, a esta hora siempre me tomo un té y es lo que voy a hacer.

Aparece la mujer, también pistola en mano, después de asomarse prudente y cinematográficamente y verlos a ambos, al uno llenando un cacillo de agua de la garrafa, y al otro apuntándole con un deje de nerviosismo aún. ¿Tú también quieres té? ¿Qué estupideces está haciendo?, pregunta ella a su compañero sin contestar a la invitación del huésped. Los dos hombres se encogen de hombros, el uno en señal de ignorancia y el otro de indiferencia. ¿Y tú, qué estupidez estás haciendo tú?, vuelve a preguntar la mujer sin aparente alteración ni enfado después de bajar su arma.

A pesar de ser él quien aparentemente domina el juego, admira la frialdad de la recién llegada. Añade más agua en el cacillo y cuando hierve, la vierte en otro recipiente en el que ha puesto tres puñaditos de té oscuro. Si queréis ron o güisqui, tú sabes dónde están las botellas, le dice a la mujer, parece conocer esto mejor que yo. Ha sonreído con la afabilidad que

cualquiera prodigaría a una visita deseada. Ella no responde a sus ironías ni insinuaciones, no mueve una pestaña, y sin embargo el cinismo del amenazado, sea real o representación, le hace mella. En efecto, sale hacia el salón que fue comedor y ahora parece un estudio de pintura, y trae una botella. Con naturalidad, él dispone tres vasos, un colador, cucharillas, azúcar y un tarro de miel, y sirve la infusión. En ese rato, la tensión de los dos ha sido apenas perceptible, pero ambos temían cualquier acto desesperado: quemarles con el agua hirviendo o lanzarles sal a los ojos.

Esto es Hollywood, dice, sois los gilipollas de Pulp Fiction, ¿no os dais cuenta?

Quisiera saber a qué han venido, qué pretenden. El humano es el único ser que requiere confirmación simbólica de aquello que ya sabe por instinto. Pero hay algo más. No puede asegurar si vienen a matarlo porque conocen su faceta de confidente policial, si el motivo es haberse embochacado hace ya tiempo una sustanciosa comisión por la compra de armas para la Organización, o si es una simple represalia por abandonarla, por tomar una decisión personal de abandono de responsabilidades cuando este tipo de instituciones no admite sentencias íntimas. Le gustaría preguntarlo pero se descubriría más de lo que ya está. Ellos, en cambio, dudan si el único motivo de su condena sea el abandono de la Organización, aunque tal sea la orden superior. Ellos cumplen órdenes sin más.

Ahora piensa, además, que si pregunta puede quedar en inferioridad. Los mira y sonrío. La risa pone nervioso al poder, eso lo sabe desde hace años. La mujer le invita a servirse de la botella. La aparta, ahora no bebe nunca, si no es un vino de reserva. Lo que tiene es para los invitados. Ella le insiste, y por fin comprende. El plan es conseguir dejarlo ebrio y ahorcarlo, simulando un suicidio. Ni sangre ni ruido. Todo limpio después, y adiós. La coherencia debe ser la gran virtud del escenógrafo, y ninguna escenografía mejor que la de un crimen, y aún más la del crimen político, eternamente mirando hacia la publi-

cidad. Un viejo lobo estepario que, carcomido de soledad y complejo de culpa por su traición, se emborracha y se suicida, aunque todos intuyan lo ocurrido. La mira de nuevo y con toda la cordial sangre fría de la que es capaz dice no quiero beber, ¿sabes?, es por el bien de mi salud. El hombre, más conciliador, dice déjalo, y se enfría el té generosamente. También ella lo remoja. Es como si el príncipe Yussupov acabara tomándose el veneno destinado a Rasputin.

¿Por qué lo hiciste?, oye preguntar al visitante. ¿Por qué hice qué? Insinuar que sabe, incluso hacerles ver que sabe más de lo que ellos mismos saben, que hay más motivos para su ejecución de los que incluye el mandato de la directiva, sea éste el que sea, aunque los motivos fueran todos, sabidos por la Organización y puestos en fila o lista como pliego de cargos, eso sí sería mostrar debilidad. Dar por sentado que vienen a matarlo ha sido una imbecilidad que debe reparar, cuando cabe la posibilidad remota de que sólo pretendan su reingreso en la Organización, encargarle una misión de vigilancia o una información de algún posible objetivo en la pequeña ciudad donde imparte clases. Se percata que de nuevo, entre ellos dos, la dialéctica se plantea en términos de batalla. Ya en la cárcel se echaban pulsos que acostumbraba ganar el otro por mayor contundencia muscular, si bien de vez en vez la campanada la daba él sorprendiéndolo con argucias o cansándolo, y estas victorias acostumbraban a darse cuando las apuestas pujaban. No obstante era en las lecturas culturales o políticas donde el goce por la humillación del contrario era más grande: si quien ahora está sentado frente a él, pistola en mano, abría algún clandestino Lenin o Rosa Luxemburgo, él juntaba el corro en torno a Sade o cualquier otro libro erótico prohibido por la censura, o incluso a veces, poesía o narrativa más amena que los tediosos políticos.

¿Por qué lo hiciste?, dejar la Organización, digo, desaparecer dejándonos a todos en la duda de si eras un confidente o quizá un infiltrado, un profesional. ¿Estaría aquí, con la misma jeta,

si lo hubiera sido?, sabes perfectamente que ahora me rodearían mulatas, y no esta soledad de pinos y pedruscos; pero en fin, si quieres que te cuente un cuento, mejor si echo un trago.

El gran juego. Hacer cosas inesperadas. La expresión de ella se ha relajado al verlo beber, y eso confirma sus sospechas. No cuentan con las vitaminas que siempre le fueron tan eficaces para remediar los efectos del alcohol. Se tomará una a los tres vasos e igual consigue tumbarlos. El efecto boomerang. Los viejos debemos empezar a cuidarnos, dice brindando y sonriendo hacia su lejano compañero de galería. Dirige descaradamente su mirada hacia las manos de la mujer, mal cuidadas, de piel áspera, de uñas roídas como las de una colegiala y de las que podría asegurar se avergüenza. No se equivoca. Airadamente las esconde bajo la mesa tras soltar el vaso con el que se las calentaba.

Me vais a permitir que ponga música. Se levanta y vuelve la tensión, las manos agarrotadas sobre las armas. Por amenizar un poco vuestra aburrída cháchara. Vosotros los militantes, no sabéis hablar de nada que no sea vuestro oficio. Escoge un cedé de los escasos que atesora en el armario del rincón. La mujer lo vigila pero con el aplomo conferido por la seguridad de haber registrado ya ese lugar. Lo mete en la minicadena y suena Rossini. Regula el sonido para que acompañe a la improbable conversación.

Haciendo ver que bebe, sigue el ritmo del Barbero con los dedos, tamborileando, con la suavidad que requiere la música animada pero serena. Es un ritmo que se acelera, que crece, y que le obliga a una teatral concentración, dirigiendo a una imaginaria orquesta de soldaditos de plomo o muñecas que se alinease frente a él en la mesa de cocina. No mueve los brazos, sólo las manos, dando diminutos golpes al aire, señalando el compás de dos por cuatro como un consumado músico, aumentando levemente la velocidad y los gestos, señalando la entrada a los violines o al viento, marcando el final con gestos ampulosos pero moderados. En la pausa entre oberturas sonrío

beatíficamente a sus raptos. Lo observan alucinados, sin atreverse a atajarlo, como si con ello le estuvieran concediendo, igual que han hecho con otras extravagancias, una última voluntad de condenado. La música, grandilocuente al principio, y luego nerviosa de la Urraca, exalta sus manoteos, la cabalgada de sus dedos sobre la mesa, dedos que simulan el ataque salvaje de un regimiento de caballería en Balaklava, dedos que golpean la madera como obuses, que disparan, de pronto y sin venir a cuento, a uno de ellos, el índice, contra el costado del visitante, como para ir a hacerle cosquillas, como una broma entre hermanos o amigos adolescentes.

El sobresalto de ambos es grande. Ahora todo son gritos, amenazas, imprecaciones, ¡estás loco, te voy a pegar un tiro y acabamos!, ¡mátalo ya y calla!, ¡si no lo matas tú, lo mato yo, éste a mí no me la juega! Los dos se han levantado, le apuntan con sus armas como malos killers. En una diminuta pausa entre dos voces, el dueño de la casa les pide silencio para seguir escuchando música, y sigue llevando el ritmo, dirigiendo, gesticulando como si no hubiera habido otra cosa que una broma entre viejos conocidos.

Recuperada una cierta calma, dice al fin con la impasibilidad que da la conciencia de no haber provocado nada irreparable, ¿no preguntabas por qué desaparecí?: por esto, tú mismo te has dado la respuesta, me fui porque no podía irme, porque esto no se puede dejar, porque no me hubierais dado permiso; me fui por el mismo motivo que he escuchado música y te he gastado una broma: porque no puedo hacerlo; ahora dejadme en paz o acabad ya.

La estrategia requiere de la descripción topográfica. Esta sala que fue y es también cocina de la masía, tiene dos puertas, una da al patio y a los corrales, y otra al comedor, convertido por el nuevo habitante en taller de pintura, desde el que se puede acceder a los dormitorios y al zaguán donde está la entrada. La vieja cocina es amplia, como corresponde a casa que debió albergar dos o tres mucamas, y de una puerta a otra no se llega

en diez zancadas. Frente a la que da al patio está la mesa y el sillón de orejas, adquisición moderna del actual ocupante. Hay varias sillas de anea, dos alacenas empotradas bordeando el hogar, un repostero grande y algo destartalado pero que conserva la belleza de una vedette retirada, y el poyo de obra donde se prepara la comida y se cocina en el hornillo de butano.

Los visitantes se han apartado hasta la puerta del comedor-estudio y vigilan la otra por si el tipo intenta escapar. Ignoran su firme decisión de no hacerlo, no quiere morir de un tiro en la espalda. Despotrican ahora en su lengua, esa que representa el deseo de una diminuta comunidad de convertirse en estado independiente, y que ellos desde hace ya tiempo han transformado, aunque jamás fue así en la historia, en lucha armada. Lo hacen porque creen que el visitado no la conoce, pero se equivocan. Él formó parte de un comando con una misión de interminables preliminares, y uno de los miembros, cuya lengua materna era la que ahora usan ellos, se empeñó en enseñársela. No la domina, aunque es capaz de comprender una conversación, mas tampoco la dominan ellos e introducen en su discurso un gran número de palabras de la lengua común. Es fundamento estratégico saber cuál va a ser la astucia del antagonista. Distraídamente sigue la música, y si los otros tuvieran mayor sangre fría, mayores nociones musicales y mayor capacidad de fijarse en los detalles, se percatarían de que yerra el ritmo.

Ella se ha quejado a su compañero de que ese cabrón ni siquiera se ha reído después de la bromita. Su indignación no es digna de su aparente frialdad. De no ser por sus órdenes tajantes, le habría pegado un tiro ahí mismo. El otro insiste en una idea que la atenta víctima no comprende bien, aunque parece referirse a que ahora es él quien lleva la voz cantante en el juego, y ellos dos deben tomar de nuevo la iniciativa si no quieren fracasar. El primer plan de emborracharlo nació frustrado, es demasiado astuto, lo conozco de sobra, asegura. Sólo podemos, insiste, retomar la mano en el juego. Escúchame, dice, ahora vas a hacer lo que yo te ordene. Parece tener sobre ella

una superioridad jerárquica, aunque él bien sabe que la indisciplina es un defecto de la Organización contra el que, quien ahora habla, ha luchado hasta el fracaso. Te vas a acostar con él, se lo vas a exigir, a ti te gustan esas cosas, y luego le vamos a conceder cuarenta y ocho horas, a lo largo de las cuales lo mataremos, lo esperaremos en el monte hasta tenerlo a tiro, o entraremos en su madriguera para matarlo como a un conejo. Es un juego, joder, un juego en el que nosotros, date cuenta, tendremos la iniciativa. ¿No quiere jugar?, pues juguemos. A nuestra forma. Estamos armados y él no, y tenemos el silenciador. Es una cuestión entre él y nosotros, ya la Organización tiene poca cosa que decir. Aquí nos mandaron con la orden de eliminarlo, de ser posible sin ruido y simulando un suicidio, pero por encima de todo, eliminarlo. Si tenemos cubierta la retirada, a la Organización le importa un carajo cómo lo hagamos.

Mantis religiosa

Aparentemente concentrado en la música, gesticulando al ritmo o tarareando incluso, trata de escuchar con el oído tenso esa conversación en lengua que a duras penas comprende, murmullo violento y apartado pues los visitantes hablan desde la puerta, ingenuamente refugiados en la intimidad de la distancia y el idioma que confían es desconocido. Reflexiona sobre lo oído y recuerda. No se han puesto en marcha sus mecanismos de conservación, ni es instinto alguno quien lo mantiene atento como lo está la víbora amenazada, sino una dejadez juguetona en todo semejante a la que le invade cuando desea seducir a una mujer que le atrae. Ahora es a la muerte a quien intenta seducir para que se aleje. Puede más en él ese sentido del juego que cualquier voluntad férrea. A veces, los crescendos de Rossini le ahogan las voces, pero no los recuerdos ni ese aleteo mágico del juego serio, del juego genuino en el que se juega con la vida.

Recuerda a la primera persona que le habló de una profesional a quien llamaban la Mantis, una killer que había trabajado para Oriente Próximo y para los chinos, aunque le dijeron que ni la Mafia ni la Camorra la querían porque erróneamente les parecía demasiado hembra, más sofisticada que eficaz. Y la primera persona que le habló de ella fue justamente quien ahora le bisbisea órdenes sobre cuál va a ser su táctica o su juego en las siguientes horas. Le habló entonces con odio porque no le gustaban los profesionales en la Organización, que para él debía mantener claros sus fines y medios ideológicos. La Mantis tenía el gusto de acostarse con sus víctimas antes de liquidarlos; incluso, en un alarde de refinamiento, combinaba ambos actos si la posibilidad de retirada le quedaba abierta. Desde

luego ella no comprometía una faena por un revolcón, de modo que a veces se contentaba con una charla o una copa. Por eso era tan remisa a atentar con coche bomba: los muertos iban a ser desconocidos para ella. Sus historias, en las que jamás se extendía aunque gustaba de dar algún que otro indicio para acrecentar su leyenda, eran más propias de una depravada que de una militante, pero su eficacia en la eliminación directa de personajes molestos o cuya muerte pudiese dar publicidad a cualquier grupúsculo, la había hecho imprescindible en los ambientes. Su capacidad para cambiar de aspecto, superior a la del mismo Lon Chaney, y un físico nada despreciable, hacían que la presunta víctima nada sospechase de una especie de diosa erótica que se le venía encima.

No había fotografías de ella en ningún servicio de contraespionaje, ninguna policía la tenía fichada con datos precisos. Ni huellas ni imágenes ni datos médicos. Por eso también Reguero le había hablado de ella, si bien más como un mito, alguien de quien se duda de su existencia. En verdad, el general se refirió a una especie de coco para engañar niños, una fábula inventada por ciertos terroristas imaginativos destinada a que individuos importantes política o socialmente tuvieran tanto escrúpulo que llegaran a abstenerse de aceptar invitaciones eróticas de conocidas ni desconocidas: un sida o demonio personificado y mortal.

De su verdadera nacionalidad nada se sabía y su facultad para aprender idiomas era tan antológica como su pericia para esfumarse. Su genio para adoptar personalidades y documentaciones de personas muertas o desaparecidas se había hecho famosa y, por supuesto, era buscada por todas las policías y servicios secretos del mundo sin que nadie fuera capaz de encontrarla. Era ella quien se ofrecía a las organizaciones y permanecía hábil durante un tiempo, sin que nadie pudiera asegurar que no iba a eclipsarse tras cobrar algún servicio de los que se le encomendaba. De caer viva en manos de cualquier policía eficaz, y estar dispuesta a hablar exhaustivamente de grado o por fuerza, desaparecerían todos los grupos terroristas o delictivos de alto

rango mundiales, excepto, como acaba él de rememorar, los italianos a quienes la Mantis les parecía como tener una mamma putana.

¿Sería ella? Sólo cuenta con el indicio de la insinuación del hombre: a ti te gustan esas cosas. Si de veras lo es, está perdido, se sabía que su eficacia era de manual. El dato le agujonea su sentido del juego, su viejo regusto por, siendo inferior, vencer con picardía.

De nuevo se le antoja todo la patética escena propia de una película de tiros, donde los gánsteres son tan ridículas imitaciones de los de veras que éstos acaban imitando a los ficticios por puro afán de horterada. O quizá una del oeste, con algunos papeles cambiados.

Esos siguen hablando, él le exige que siga su plan, el juego que acaba con la muerte del bueno. Si dejara de insistirle en que se acueste con él, tal vez ella lo haría y podría haber una tregua, un descanso hasta que se reanude el juego. La mujer se niega, y no porque le disguste el guión, sino porque es él quien le pone al amante debajo o encima, lo mismo da. Pero el otro no calla. La presumible víctima se levanta y pide permiso, esta vez con cara conciliadora, para cambiar la música. Como había previsto, la interrupción tiene la virtud de enmendar las cosas. La mujer dice ahora vengo, y sale por el zaguán. Lleva gesto de hastío.

El visitante toma asiento frente a él y se dispone a la espera. Llena su vaso y le invita a hacer lo mismo, cosa que él rehúsa. No es el visitante hombre de músicas sino al contrario. Ni siquiera el ruido de los cañones napoleónicos le hubiera parecido una música grata. Para él no hay músicas gratas ni ingratas, para él no hay músicas. Por eso, mientras aguarda la vuelta de la mujer, cavila. ¿Por qué se le ha ocurrido esa idea del juego? Está senil, chocho. Ni es ni fue un sentimental, fue y es un soldado, un hombre que cumple órdenes y que sólo habla en la Organización cuando se le pregunta, por grave que sea su desacuerdo. Los juegos son como las músicas, algo inútil, algo

para niños, imbéciles o burgueses. Y sin embargo, ahora quiere jugar con este hombre a quien él descubrió en la cárcel y metió en la Organización porque parecía un buen fichaje, un individuo con la suficiente cólera para matar, y la justa voluntad, o así se lo pareció, para construir una idea política y nacional. Un individuo desaparecido un buen día sin avisar, alguien de quien le dijeron que en mitad de una misión dejó a los compañeros y se lo tragó la tierra. Nadie volvió a verlo hasta que un informador, encargado entre otras cosas de vigilar a su exmujer, se enteró del fallecimiento de ésta y siguió al hijo durante un tiempo hasta que lo vio con él. No hubo sino enterarse del pueblo en el que impartía clases con otro nombre y de la casa de labor comprada con dinero de procedencia oscura. Todo era demasiado sospechoso. Si fue el ministerio de Interior o el de Defensa quien le facilitó el cambio de nombre, o simplemente la documentación falsa la consiguió en los círculos habituales aunque ningún informante ordinario anunció la petición de documentos falsos y es por ello que la Organización no se enteró, si cualquier organismo de contraespionaje o antiterrorista le había dado el dinero para la compra de la casona o la había comprado con cierto dinero que según dicen escamoteó, eran a esta altura detalles que ya no importaban. De querer enterarse, el sistema habría sido fácil: la mujer era experta en interrogatorios, pero a él le repugnaban esos métodos y, además, la cúpula de la Organización no manifestó deseo alguno de saber nada, la orden fue sólo aniquilarlo.

¿Por qué los enviaron a ellos? Tal vez esa cúpula, formada por gente joven que le había conferido nuevos aires, se percataba ya de que algo fallaba en su forma física y por eso le adjudicaron la indeseable compañía de esa mujer. ¿Por qué no decirlo?, no era su forma física, y él lo sabía, sino su edad la que empezaba a malograrse. Demasiados años de todo le restaban vista, vigor, que no obstinación, concentración. Y esa sensiblería que ahora él se detectaba como se puede intuir un cáncer cuando uno defeca u orina sangre o tiene dolores des-

esperados, ellos la habían detectado también. Un grano en la cara, algo inocultable. Como al pintor lo retira el tracoma o al músico la sordera. De seguro había sido por eso, para asegurarse una acción eficaz y rápida, algo aterrador no forzadamente para el público que debía creer en el suicidio de un necio solitario, sino para iniciados, gente irresponsable o infiltrada, para el caso es lo mismo, a quienes inspirar pánico si decidían, por el método que fuera, traicionar a la Organización. Porque el futuro político y nacional es mucho más importante que cualquier decisión privada o egoísta. Él habría sido capaz de llevarla a cabo solo, sin ayuda de aquel marimacho, de aquella profesional sádica que ni ideas tenía, ni falta que le hacen, al parecer. Tal vez haya influido también la sabia costumbre de cualquier coordinador de comandos de mezclar en ellos hombres y mujeres, para que las relaciones cohesionen, para impedir que ellas o ellos salgan del comando con el fin de obtener los inevitables placeres humanos, arriesgando con ello el éxito de una misión. ¡Y sin embargo, aquella especie de bestia parda, araña negra, víbora devoradora de sus hijos, aquella Mantis o como quiera que la llamasen, la ramera de barrio había salido a menudo en los días que llevaban en la región, incluso dentro del pueblo donde el otro daba clase, para volver a las tantas de la noche oliendo a sexo, a semen, a hembra mareada, sin esperar, como inteligentemente preveía la Organización, la satisfacción de sus ansias en el seno del comando!

También podrían haberla mandado a ella sola. Eso sí es un enigma difícil. Ella jamás habría desaparecido antes de eliminarlo y cobrar. Se esfuma sin aviso previo cuando remata una acción, nunca antes. ¿Por qué, entonces? ¿Y si le hicieron acompañarla para mantenerlo entretenido, atareado, pues ya creen que no se le puede encomendar nada serio? Esta posibilidad estremece al hombre y la borra instintivamente como un seminarista borraría una mala tentación. Además, el asunto ha sido claro: a ella la han puesto bajo su jefatura.

Yo, piensa, soy un soldado, pero también un oficial, un mando. No concibe cómo esta mujer hace su trabajo como otros ponen ladrillos o aquellos desempeñan el odiado oficio de policía, por un salario. Aún menos concibe cómo el tipo que tiene delante se escabulló un día, dios sabe con qué turbio propósito. No comprende qué hace aquí, solitario, escondido, dando absurdas clases a zagalones estúpidos. Yo hago lo que me mandan, y tomo decisiones. Debo tener autoridad sobre esta prójima. Y la tengo, se dice. Por eso impondré el juego, porque quiero tener tiempo para comprender, averiguar por qué se fue, si traicionó, por qué traicionó, si se quedó con dinero o lo obtuvo traicionando, por qué se enemistó con una Organización cuyos fines superan con mucho los fines de cualquiera de nosotros. Quiero averiguar por qué desobedeció la orden de llevar a cabo la misión, misión que fracasó, claro, porque faltaba el cuarto miembro del comando. Quiero averiguar qué le aporta esta vida. Quiero que explique qué quiere decir con eso de me fui porque no podía irme.

Ha matado antes a gente por ese solo motivo: abandonar la Organización. Entre otros a una mujer ante su hija de faldita corta. No se pregunta por qué tiene que hacerlo, pero hoy se pregunta por qué no debe preguntarse por qué. Por eso quiere jugar, no con el sadismo del gato ante el ratón, aunque también. Quiere jugar para darse tiempo, quiere jugar para darle una oportunidad a un individuo a quien metió él en la Organización, alguien a quien en su tiempo apreció. Es quizá como el atávico temor a matar por la espalda, temor que él jamás sintió porque la Organización sabe que el enemigo no tiene siquiera la consideración de persona y se le puede matar como a una sabandija, pero es un temor ancestral, heredado y que renace cuando uno se convierte en chocho, en senil, en sentimental.

Mira al despreciable que tiene delante. Empieza a pensar que lo es, y no obstante, quiere que corra, dejarle que se crea con alguna oportunidad. No comprende qué hace aquí. La

Organización ofrece cobijo, amistad, un sentido. Aquí vive solo, ni siquiera tiene ordenador y sólo una televisión desven-
cijada, inútil, sin antena ni conexión a la electricidad, con los
circuitos y lámparas arrancados igual que a la caza se la destri-
pa. Nada más ha visto discos y libros en anaqueles y armarios.
Y lienzos emborronados de colorines con formas depravadas.
Y el teléfono móvil que esa perra ha machacado. Se asombra
de recordar la fama de mujeriego que el tipo tenía, tanto en la
cárcel, donde sus patrañas contadas en corrillos eran entreteni-
miento diario, como después en la Organización; cómo su
exmujer le dejó, eso le consta, más por infiel que por la tensión
de los continuos comandos y misiones, como él anduvo prego-
nando. ¿Qué hace aquí, solo? ¿Tiene miedo? Mucho más pro-
tegido estaría en una ciudad. Y su gran afición, las mujeres, de
la que siempre alardeó, podría satisfacerse. A no ser que tenga
una fulana en las cercanías, lo que sería un peligro para la
misión y para ellos mismos.

¿Adónde habrá ido esa estúpida? Y este aquí, sin abrir la
boca, escuchando música aunque de seguro trama algo. Será
divertido cazarlo a distancia, desde esa colina cubierta de pinos
o desde la cárcava tras la casa.